

¿Qué será lo realmente importante en las escuelas infantiles del 2050?

Mari Carmen Díez Navarro



Yanis A. (Unsplash)

La mirada que escucha sería uno de los elementos imprescindibles en una escuela del futuro, en la que cada infante habría de tener la convicción de que alguien va a mirarlo, a escucharlo, a «estar por él», dejando a un lado las inercias sobreescolarizantes, la despersonalización, una escuela donde se conjugaran bien las cosas del aprender y las del querer.

▣ **PALABRAS CLAVE:** mirada que escucha, sobreescolarización, aprendizaje, piso de abajo, currículo.

En este significativo aniversario de AULA DE INFANTIL que tanto celebro, se me ha pedido que escriba mirando ¡nada menos que hacia el 2050!, y eso me suena tan lejos que estoy un poco sobresaltada.

Quizás entonces haya robots que lleven a los niños y las niñas al colegio o que les mojen las galletas

en la leche, como me dijo una vez un alumno al descubrir el valor de las máquinas. Quizás entonces haya drones que vigilen desde lo alto los jaleos en los patios de las escuelas, como hacía antes aquel triangular ojo de Dios que a mí me asustaba. Quizás entonces todo sea más rápido, más limpio y más eficaz. Pero creo que, si las criaturas

siguen siendo de la misma pasta humana que ahora, seguirán necesitando miradas, afecto, escucha, tiempo, palabras, juego, aprendizaje y acompañamiento.

Este planteamiento futurista me ha generado perplejidades y elucubraciones varias, pero sobre todo me ha puesto en la tesitura de imaginar.

HABLAMOS DE...

IDEAS, UTOPIÁS, REALIDADES:
LA ESCUELA INFANTIL EN EL 2050

Principios metodológicos | 0 a 6

Así que dejaré a un lado mi enfado con la despersonalización, las inercias sobreescolarizantes, las modas pedagógicas que buscan audiencia, las prisas por alcanzar los objetivos del currículo, las invasoras pantallas y demás chirridos de la realidad actual, y explicaré lo que sueño y deseo para los niños y las niñas de ese futuro que me suena a novedoso, a sorprendente, a posible.

La mirada que escucha

El pasado día 1 de mayo, en la Ser, entrevistaron a Carlinhos Brown entre bromas, música y cordialidades. Me resultó agradable conocer el trabajo que ha hecho para mejorar la vida de los vecinos de su barrio, así como percibir su contagiosa vitalidad y escuchar los alegres ritmos que emprendía a golpe de inspiración súbita y que llenaron mi mañana de buena marcha y de ilusión. En un momento dado, el locutor le preguntó por sus pinturas, que están exponiéndose en Madrid; entonces, el artista contó que su padre era pintor de brocha gorda y solía lamentarse de que le pidieran pintar las paredes lisas, él hubiera querido pintar figuras o paisajes a todo color. Por lo visto, una parte de ese deseo de su padre se le coló adentro y un buen día empezó a pintar, escuchando los sonidos del mar y canturreando.

A lo largo de la entrevista, dijeron que Carlinhos había llamado a su

En las escuelas infantiles que me estoy imaginando, los maestros tendrían que esforzarse en establecer un vínculo especial con cada uno de los niños y las niñas

exposición de pintura: «La mirada que escucha»; al oír esta combinación tan hermosa y poética de conceptos y palabras, me dio un vuelco el corazón. Seguramente porque hace poco estuve impartiendo un curso en una escuela infantil madrileña en el que hablamos de la escucha. La veíamos como un modo privilegiado y respetuoso de acercarse a los niños y las niñas, y a sus particulares mundos, de manifestar interés por sus vidas y sus deseos, de relacionarnos afectivamente de persona a persona.

En ese contexto, una de las maestras comentó que trabajaba con bebés que aún no hablaban y que su mirada puesta en ellos también era una especie de escucha, porque le permitía observarlos, entenderlos, acompañar su evolución y quererlos. Conjugamos, así, varias posibilidades de formular esta idea: *escuchar con la mirada, miradas escuchadoras, escuchando con los ojos* ¡Lástima no haber conocido antes el acertado nombre de la exposición de Carlinhos Brown! Resume lo que queríamos expresar: que hace falta una mirada cuidadosa y amable sobre cada criatura para conocerla,

para que despliegue con libertad sus diferencias y sus potencialidades, para que se sienta bien y se entusiasme con la vida.

Cuento esto al hilo de la demanda de Graó de explicitar qué será lo realmente importante en las escuelas infantiles en el 2050. Pues bien, *esta mirada que escucha sería uno de los elementos imprescindibles en una escuela del futuro*. Cada criatura habría de tener la convicción de que alguien va a mirarla, a escucharla, a «estar por ella». Ese saberse bien recibido y acompañado permitiría que hiciera acopio de seguridad en sí misma, que tuviera ganas de ejercer su curiosidad y que se pusiera en marcha para crecer a manos llenas. Porque los niños y las niñas necesitan del vínculo con sus maestros para sentirse en buenas manos, para apoyarse en ellos en el ámbito afectivo, para confiar en que los van a cuidar. De modo que en las escuelas infantiles que me estoy imaginando, los maestros tendrían que esforzarse en establecer un vínculo especial con cada uno de los niños y las niñas. Eso les permitiría establecer un apego a modo de puente entre sus familias y la escuela, que les diera la seguridad de aprender acompañados de la persona que los acoge y los rodea de ternura y contención.

Yo me imagino para ese futuro del que hablamos una escuela infantil rica en vida, en proyectos, en ilu-

Me imagino una escuela donde se trabaje desde la curiosidad, lo cotidiano, la naturaleza, la investigación, el arte, la música y las relaciones

siones. Una escuela en la que las criaturas puedan estar a gusto y cargarse de energía, porque se verían entendidas y notarían que se responde a sus necesidades. Sería una escuela en la que cada uno podría mostrarse como es, porque las diferencias no se vivirían como problemas, sino como señas de identidad. Una escuela cuyo objetivo principal no sería enseñar, sino acompañar a aprender.

En esa escuela a los niños se les regalarían las palabras como un magnífico presente. Porque allí se hablaría, se comentaría, se recordaría y se expresaría lo que se piensa, lo que se desea y lo que se siente. Allí todo tendría sentido, porque se haría partícipes a los infantes de lo que va ocurriendo, poniendo palabras al transcurso de la cotidianidad. Allí los cuentos serían una fuente de aprendizaje de las emociones, la cultura y el comportamiento humano. Allí los poemas harían vibrar a las criaturas con su ritmo, su musicalidad y su belleza. Allí los teatros reproducirían las historias y les pondrían cuerpo, aventura, ambiente de grupo y diversión.

Me imagino una escuela infantil donde los niños sean más importantes que los papeles, las programacio-

nes, los horarios y los protocolos. En la que sus juegos y sus incesantes manejos sobre la realidad sean valorados y no reprimidos. **Una escuela donde no haya fichas, ese torpe simulacro de aprendizaje que cansa a los niños y las niñas, los aburre y los uniformiza con su simpleza, sus estereotipos y sus demandas absurdas.** Una escuela donde se trabaje desde el asombro, la curiosidad, lo cotidiano, la naturaleza, la investigación, el arte, la música y las relaciones.

Me imagino una escuela infantil en la que se proponga a cada criatura conocer y recopilar su propia historia, construir su identidad a partir de su relato de vida, saber quién es cada cual y quién es su familia. Esa cuna, esa estirpe, esos detalles que le permitirían saber lo necesario sobre sí mismo. Partir de los niños y de las niñas, de lo que les es cercano, sería el mejor modo de que todos admitieran sus características y de hacer con ellas una trama para seguir el hilo del grupo que conforma la clase. Convertir su pulso de vida y de interés en trabajo, aprendizaje y relación sería la didáctica más verdadera.

Me imagino una escuela en la que la belleza y el placer sean algo significativo que ofrecer a los niños y

las niñas, bien en las artes plásticas, bien en la literatura, la naturaleza o la cultura. Una escuela donde los dibujos y las producciones infantiles sean valorados como juegos inacabables, que respetar, exponer y conservar. Donde el garabateo no se vea una inmadurez que se ha de resolver, sino que se considere el magma de donde emergerán más adelante las formas, los trazos, las líneas, los colores, las letras, las identidades.

En esa escuela se daría a las criaturas la posibilidad de que expresaran sus miedos, sus alegrías, sus dudas, sus descubrimientos o sus agobios, y se pondría a su alcance una progresiva alfabetización sentimental, que les haga aprender a reconocer los sentimientos que los conmueven y el nombre con el que son nombrados. **No a base de protocolos, programas o cuadernillos de «educación emocional», sino aprovechando lo que va ocurriendo en la vida cotidiana, los conflictos entre ellos, las amistades o los muchos aconteceres del «piso de abajo»** que se explican en los cuentos. De tal manera que, poco a poco, vayan comprendiendo lo que les conmueve a ellos y a los demás, y puedan ajustar su modo de actuar para lograr un cierto equilibrio y disfrutar de una convivencia saludable.

Me imagino una escuela en la que familias y maestros asuman y ejerzan una crianza compartida, cada cual desde su diferente papel y fun-

HABLAMOS DE...

IDEAS, UTOPIÁS, REALIDADES: LA ESCUELA INFANTIL EN EL 2050

Principios metodológicos | 0 a 6

ción, lo cual aportaría a los niños y las niñas tranquilidad al ver que sus adultos de referencia les hacen asequible el mundo con su coherencia, su trabajo conjunto y sus intentos de comprenderlos y acompañarlos.

Me imagino unas escuelas infantiles bonitas, diferentes entre sí, cálidas, agradables, en las que los espacios estén cuidados en cuanto a confortabilidad, estética y cercanía. Unas escuelas con el patio muy verde, con tierra, agua, arena, flores, sombras, huertas; con tiempos para jugar, explorar, descansar, trepar, esconderse, escuchar a los pájaros, oler a romero. Unas escuelas en las que la naturaleza aporte a los niños y las niñas no solo alegría, belleza y cambio, sino un paulatino conocimiento del ciclo de la vida, que tanto interés provoca en las criaturas de estas edades que empiezan a vivir y quieren saberlo todo.

Me imagino unas escuelas infantiles que acojan a los niños y las niñas de cero a seis años, esa preciosa etapa impulsiva, animista, narcisista y mágica, donde todo son procesos y cambios, y creen para ellos el ambiente de juego, calma, palabras, afecto y exploración que necesitan, para que, **desde ese lugar seguro y amable, puedan ir creciendo sin apremios ni exigencias, sin sobreescolarización, sin demandas precoces de autonomía y aprendizajes**, sin invasiones tecnológicas, sino respetando y teniendo en cuenta el

momento evolutivo que atraviesan y sus particularidades como personas.

Me imagino unas escuelas en las que haya apertura, flexibilidad, miramiento, sensibilidad, respeto y cuidado hacia los infantes, hacia las familias y hacia todas las personas que se acercan al entorno escolar: artistas plásticos, músicos, expertos, deportistas, actores. Y en las que las niñas y los niños puedan salir a conocer lugares, tareas, museos, teatros, conciertos... Entradas y salidas, conexiones con el mundo, aprendizaje y relación.

Me imagino unas escuelas infantiles en las que todos los niños y las niñas se conozcan, porque hay agrupamientos diversos para según qué actividades, juegos compartidos, ratos de patio en común, talleres internivelares, encuentros para ver teatro, escuchar música, contar cuentos, jugar, bailar... En las que se podría esperar que los procesos fluyeran, que se adaptaran a estar fuera de su casa sin alteración, que se les dejara el tiempo pertinente para jugar en soledad y para socializarse muy despacito, a la medida de cada niño.

Me imagino unas escuelas infantiles donde no suenen los móviles, donde las pantallas estén apagadas y solo se usen puntualmente para averiguar alguna cosa que interese a las criaturas, donde se prioricen los acontecimientos afectivos y de

relación a cualquier imposición de la tecnología, con la que se mantendría una postura eficaz y positiva, pero no sumisa.

Deseo e imagino unas escuelas infantiles en las que quepan las cosas de los infantes, de las familias y de los docentes. Las cosas del aprender y las del sentir, bien entremezcladas. Las cosas de estar solo y las de estar con otros. Unas escuelas que no pretendan quedar bien con la Inspección, con los maestros y las maestras de primaria, con las familias o con las estadísticas..., sino con los propios niños y niñas.

Y como se me hace muy lejano el 2050, propongo que empecemos ya a movernos de cara a lograr esas escuelas infantiles mullidas, luminosas, alegres, acogedoras, compartidas y tranquilas. ¡Que las criaturas crecen muy deprisa y su mañana empieza hoy!

Felicidades y gracias a la revista AULA DE INFANTIL por su eficaz y hermosa tarea. ■

HEMOS HABLADO DE:

- Principios metodológicos.
- Enfoque globalizador.
- Personalización de los aprendizajes.

AUTORA

Mari Carmen Díez Navarro
Maestra de infantil. Psicopedagoga
tomasetti@telefonica.net

Este artículo fue solicitado por AULA DE INFANTIL en mayo de 2019 y aceptado en junio de 2019 para su publicación.